

UNIVERSIDAD Y UNIDAD DE VIDA

ALEJANDRO LLANO ■ *Para el actual rector de la Universidad de Navarra, la propuesta de **Josemaría Escrivá de Balaguer** de hacer de la santificación del trabajo ordinario el norte del existir cristiano en medio del mundo es un programa transcendental que rompe, desde dentro y por elevación, los círculos cerrados de esa dialéctica negativa que lleva a las ideologías modernas a un punto muerto*

Cuando evocamos, con ocasión de su próxima Beatificación, al Fundador de la Universidad de Navarra, no nos limitamos a traer a la memoria los comienzos de esta corporación. Estamos explicitando lo que constituye la más real y presente actualidad de nuestra comunidad de investigación y aprendizaje. Nuestro Fundador representa mucho más que el origen y el impulso inicial de esta empresa académica. Nuestro Fundador es nuestro fundamento: la referencia firme, la inspiración continua, la orientación precisa, la intercesión constante. Cuando recordamos al Siervo de Dios, estamos recordando lo que somos como Universidad, nuestra más íntima identidad, nuestro más rico patrimonio.

Si la Universidad de Navarra ha tenido desde sus comienzos, y seguirá teniendo siempre, una energía institucional extraordinaria, es porque la providencia de Dios quiso que este centro de estudios superiores fuera obra de un universitario excepcional, en quien la sobreabundancia de carismas sobrenaturales encontró la respuesta heroicamente fiel de una personalidad humana e intelectual cuyo relieve apenas

acertamos a vislumbrar. Sólo el paso de los años y la reflexión atenta nos permitirá apreciar progresivamente la tremenda carga renovadora que el espíritu del Fundador del Opus Dei aporta a la historia del pensamiento cristiano y a la configuración de un modelo educativo que, inspirado en las mejores tradiciones académicas, se hace anticipación y creación de un futuro inédito.

La virtualidad que para la vida universitaria tiene este espíritu, que es de Dios y queremos que sea el nuestro, dista mucho de ser circunstancial o casual. Porque en su misma entraña, en su inspiración central, se halla la unidad de las variaciones de la vida, la síntesis de lo que parece disperso, la conciliación de lo superficialmente opuesto. La radical tensión hacia Dios de toda esa pluralidad que constituye el mundo cotidiano confiere una referencia unitaria a las más diversas instancias y tesituras de la actividad humana. El ideal de conjunción y universalidad que es la esencia de todo proyecto universitario ha encontrado en el paradigma de la unidad de vida, propuesto por **Josemaría Escrivá de Balaguer**, un camino andadero que está permitien-



do la renovación de la idea universitaria en una época de perplejidades y contradicciones.

Mensaje providencial

Cuando el Siervo de Dios, impulsado imperiosamente desde 1928 a hacer divinos los caminos humanos de la tierra, iniciaba un apostolado incesante entre universitarios y personas de toda condición; cuando le consumía ya el afán de "poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas", de-

volviendo al trabajo su más noble y original sentido; cuando ese espíritu sobrenatural comenzaba a hacerse vida en las aulas universitarias y en las calles de la gran ciudad, la cultura occidental penetraba en una crisis, en una conciencia de crisis, que parecía insuperable y definitiva. Se hacía patente en ella una serie de antinomias irreconciliables que llevaban a hablar de un 'politeísmo de los valores'. Palidecida hasta el agnosticismo la fe en el único Dios verdadero, debilitada hasta la an-

gustia la fuerza del alma, perdido hasta la desorientación el sentido unitario de vida, ya no se sabía cómo podrían avenirse las tendencias contrapuestas de una modernidad cansada, cuyo desencanto pronto estallaría en una insospechada violencia. Las mentes más atentas de ese segundo tercio de nuestro siglo levantaban acta de la decadencia cultural, presentaban al trabajo industrial como un metabolismo de alienación y empezaban a considerar a la Universidad como una institución perdida, cuya extinción era sólo cosa de tiempo.

Es relevante recordar ahora ese *pathos* de oscurecimiento del futuro, no sólo porque —en algunos aspectos— sigue siendo tan actual como entonces, sino sobre todo porque es el clima cultural en el que Dios quiso que **Escrivá de Balaguer** encendiera la luz de su mensaje profético. Mensaje indudablemente providencial y paradójico en apariencia; mensaje necesario sin duda e imposible de realizar a los ojos humanos; mensaje que recoge los anhelos profundos de un hombre moderno que se había cerrado a sí mismo las vías para satisfacerlos. Como suele acontecer en las aventuras divinas, el *kairós* —el tiempo oportuno— aparecía entreverado de incitaciones perentorias y de dificultades humanamente insalvables.

La respuesta del Fundador del Opus Dei a esa situación histórica terminal y compleja sorprende por su inmediatez y simplicidad. Se desmarca con elegancia de las disquisiciones intelectualizadas. Deja al margen los discursos parasitarios que habitan en el enrarecido ambiente de la crítica y de la crisis. Abandona con toda naturalidad las reflexiones secundarias de quienes se ocupan en pensar acerca de lo ya pensado. A él le gustaba “meter los clavos por la punta” (Cfr. *Camino*, n. 845). Va así derecho, con la sencillez y certi-

dumbre del que sabe de algo como si lo estuviera viendo, al núcleo de la cuestión. Y propone una solución que asombra por su actualidad y pertinencia, por su poderoso aliento, por su riqueza de niveles y de matices: una solución que no parte de las condiciones iniciales, sino que las recoge y transforma en una síntesis innovadora.

El norte del existir cristiano

Al recibir **Escrivá de Balaguer** la gracia extraordinaria con la que Dios le hizo ver su querer divino, la fidelidad a esa gracia y su lucidez intelectual le llevaban a descubrir intuitivamente, de modo certero y penetrante, que las vías de salida a esa situación aporética no se encuentran en el mero cambio de estructuras sociales o epistemológicas. El problema y su solución se hallan “en medio de la calle”, en la inmediata rea-



lidad de la vida de los hombres, en su mundo vital, en sus modos de vivir y trabajar, y sobre todo en la unitaria versión de esa raíz vital y de su plural despliegue a Dios nuestro Padre. De ahí que su espíritu y su doctrina contengan una respuesta a las angustias de este tiempo nuestro y, a la vez, un mensaje que habrá de ser ya válido para cualquier tiempo histórico. De ahí, también, que aporten las líneas maestras de un replanteamiento a fondo de lo que ha de ser esa institución unificadora de los saberes y de las formas de vida a la que llamamos Universidad.

La propuesta de hacer de la santificación del trabajo ordinario el norte

del existir cristiano en medio del mundo es un programa transcendental que rompe, desde dentro y por elevación, los círculos cerrados de esa dialéctica negativa que lleva a las ideologías modernas a un punto muerto. El pensamiento de **Escrivá de Balaguer** —por hablar así— es radicalmente anti-dialéctico; mas no por una reiterada contraposición que nada solucionaría, sino por una profundización en el misterio de la realidad y por una superación hacia la dimensión transcendente de todas las cosas. Es así como el Siervo de Dios propone una *cultura de vida*, que se opone audazmente a toda *cultura de muerte*, según las expresiones tan pregnantes de **Juan**

■

*El pensamiento de
Escrivá es radicalmente anti-dialéctico por una profundización en el misterio de la realidad*





Pablo II.

La escisión irreconciliable es semilla de muerte. La unidad armónica es raíz de vida. Y la esencia de la Universidad consiste en la convicción de que esa unidad orgánica es posible, de que existe una articulación necesaria entre verdad y unidad que puede ser desvelada por la más alta actividad humana, por la teoría o contemplación serena de la realidad. En cambio, la contraposición entre espíritu y materia, entre verdad y eficacia, entre educación humanística y capacitación profesional, es la herida no restañada por la que se desangra el ideal universitario. **Escrivá de Balaguer** supo descubrir que el remedio radical para curar esa esquizofrenia se encuentra en la unión de lo humano con lo divino. Bellamente lo proclamó, una mañana de octubre, en ese decisivo discurso al que solemos llamar entre nosotros 'la Homilía del *campus*': "Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo,

que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria (...)" (*Conversaciones*, n. 116).

Sacerdote santo y hombre sabio

Sólo el amor funde sin confundir, mantiene a la vez la alteridad y la identidad, logra la unidad de lo plural. Por eso acaban en fracasos los programas académicos ilustrados: porque pretenden articular los saberes en el plano de una fría objetividad, presuntamente neutral, que margina el amor a la verdad. Amor que es la fuente de todo conocimiento y la íntima energía que alimenta a una comunidad de investigación y aprendizaje. No hay Universidad donde la indagación y la transmisión de conocimiento no se fundamentan en el amor apasionado al mundo y a nuestros hermanos los hombres, en cuya faz brilla el esplendor del Amor subsistente, regalo primordial y nacedero de la sabiduría.

El primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra enseñó estas verdades esenciales con su doctrina profunda y, ante todo, con su vida heroica. Por todas partes, en discursos universitarios, en homilías y en tertulias involuables, nos mostró cómo la eficacia se concilia con la misericordia, la exigencia con la comprensión, la libertad con la entrega, el buen humor con la seriedad, la preocupación por los grandes problemas de la humanidad con el cuidado de los más menudos detalles. Y lo hizo como un 'juglar a lo divino', sin pretensiones academicistas, a cuerpo limpio, con la fe por delante, con una alegría y un afecto que hacía saltar rigideces y frialdades. A través de la figura amabilísima del sacerdote santo, aparecía el hombre sabio, el gran universita-

rio capaz de galvanizar entusiasmos investigadores y docentes en torno a unos valores perennes e inconfundiblemente actuales.

Para muchos de nosotros, para mí también, el encuentro con el Opus Dei y con su Fundador supuso el abandono de la facilonería y el aburguesamiento, el compromiso con unos ideales de búsqueda de la verdad, el amor a la libertad y de defensa de la justicia, que se decantaron en una vocación universitaria profesada con apasionamiento. Y vinimos a la Universidad de Navarra, no como a un refugio de viejas costumbres, sino como a un foco de innovación de las ideas, cuya proyección habría de llegar a todo el mundo y a los más diversos ámbitos de la vida cultural y social. Porque comprendimos que la misión

última de la Universidad es la manifestación de los hijos de Dios.

La presencia viva de nuestro Fundador es una continua llamada a esa fidelidad exigente y comprometida. Este año de su Beatificación nos ofrece una ocasión única para percibir aún más vibrante su llamada a hacer de la Universidad una hoguera de inquietudes científicas y pedagógicas, un faro de renovación del temple universitario, un remanso de esa paz posible que las profundas

transformaciones internacionales están alumbrando hoy con esperanza y dolor. La intercesión del Siervo de Dios es más fuerte que nuestras debilidades, más luminosa que nuestras miopías. Hagamos realidad su deseo expreso de que la Universidad de Navarra guarde para siempre su corazón. ■

■

Vinimos a la Universidad de Navarra, no como a un refugio de viejas costumbres, sino como a un foco de innovación de las ideas

